



Semana del 12 al 18 de agosto de 2018. DOMINGO XIX DEL TIEMPO ORDINARIO

“El Pan de los ángeles se hace pan de los hombres; y el pan celestial da fin a las antiguas figuras”

1.- La Palabra de Dios:

1ª Lectura: 1R 19,4-8: “Con la fuerza de aquel alimento caminó hasta el monte de Dios”

Salmo: 33,2-3.4-5.6-7.8-9: “Gustad y ved qué bueno es el Señor”

2ª Lectura: Ef 4,30-5,2: “Vivid en el amor como Cristo”

Evangelio: Jn 6,41-51: “Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo”

Monición: Ante la desaprobación de “los judíos”, Jesús clarifica por qué se llama a sí mismo “el pan que ha bajado del cielo”, preanunciando su sacrificio: “daré mi carne, para la vida del mundo”.

Nosotros estamos llamados a hacer lo mismo, y es fácil decirlo. Entregar la carne puede significar “entregar” completamente aquello que más nos gusta. El seguimiento de Cristo, es el camino de los desaparegos. ¿Estamos dispuestos a seguirlo?

(Todos de pie): Del Santo Evangelio según San Juan (Jn 6,41-51)

+++ Gloria a Ti, Señor

Los judíos murmuraban porque Jesús había dicho: “Yo soy el pan que ha bajado del cielo.” Y decían: “Conocemos a su padre y a su madre, ¿no es cierto? Él no es sino Jesús, el hijo de José. ¿Cómo puede decir que ha bajado del cielo?”

Jesús les contestó: “No murmuren entre ustedes. Nadie puede venir a mí si no lo atrae el Padre que me envió. Y yo lo resucitaré en el último día.

Está escrito en los Profetas: ‘Serán todos enseñados por Dios’, y es así como viene a mí toda persona que ha escuchado al Padre y ha recibido su enseñanza.

Pues, por supuesto que nadie ha visto al Padre: sólo Aquel que ha venido de Dios ha visto al Padre.

En verdad les digo: El que cree tiene vida eterna.

Yo soy el pan de vida. Sus antepasados comieron el maná en el desierto, pero murieron: aquí tienen el pan que baja del cielo, para que lo coman y ya no mueran.

Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo. El que coma de este pan vivirá para siempre. El pan que yo daré es mi carne, y lo daré para la vida del mundo.”

Palabra del Señor / Gloria a Ti, Señor Jesús.

2.- Referencias para la mejor comprensión del Evangelio:

San Juan es ilustre en sus narraciones: detallista en la descripción de escenas y en el relato de las acciones, y quizás un tanto repetitivo en su exposición de los conceptos, pero es de verdad importante prestar mucha atención a cada una de las cosas que dice, no sólo porque se trata de la Palabra del Señor, sino porque es verdaderamente fascinante: si lo analizamos con paciencia, veremos que no hay ni una coma de más en lo que escribe, cada frase es un nuevo aporte, que clarifica más lo antedicho y al mismo tiempo anticipa lo que vendrá.

Precisamente eso ocurre en este capítulo 6, que venimos analizando desde hace ya dos semanas, con el llamado “discurso del Pan de Vida”, que la Iglesia considera necesario examinar con detenimiento, a través de cinco domingos en este año litúrgico, y ciertamente lo es, pues se trata nada menos que del Misterio centralísimo, diario y a la vez eterno, perpetuo y al mismo tiempo renovado, de nuestra Redención.

Así, en este capítulo que ahora vemos, la maravillosa sabiduría del Señor, a través de la excelsa pluma de San Juan, transforma el milagro de la multiplicación de los panes y los peces en una extraordinaria parábola sobre el mismo Jesús (Dios y Hombre), de tal manera que va descubriendo progresivamente, a quien lo lee con detenimiento, el misterio del **Verdadero Cristo...**

Un Cristo enviado por el Padre como alimento espiritual para el género humano, **el “Pan bajado del cielo”**, que vino para mostrarnos el camino hacia el Paraíso y para morir por nuestra salvación... Sin duda un Mesías muy distinto del que esperaban los hebreos, que también querían la salvación ¡pero inmediata, y especialmente respecto de los romanos...!

En todas las explicaciones que va haciendo Jesús, a lo largo de este capítulo, notamos claramente el anticipo de su sacrificio final, la misión salvífica que el Padre le había encomendado, y que Él trataba de ir haciéndosela comprender



a las personas de su tiempo, por todos los medios posibles, pero de tal manera que también sus palabras fuesen comprensibles y permaneciesen vigentes para todos los que vendríamos después, a través de los siglos.

Hoy leemos que el pueblo nuevamente comenzó a murmurar y cuestionar a Jesús (como hace un mes veíamos que habían hecho los nazarenos, en Marcos 6, 1-5): "*¿No es este el hijo de José?*" *¿De dónde nos sale ahora con que ha bajado del cielo...?* Jesús les manda con autoridad que terminen sus murmuraciones, porque quiere comenzar a explicarles el núcleo vital, el profundo significado, de su labor mesiánica.

Quiere decirles que ha venido para mostrarnos al Padre, porque el Padre desea revelarse a los demás a través de Él. Ansía convencerlos de que el que crea en Él se salvará y tendrá vida eterna, y al mismo tiempo deja traslucir que deberá entregar Su Cuerpo: "***El pan que yo daré es mi carne, y lo daré para la vida del mundo.***" Quiere preanunciarles que deberá sacrificarse por nuestra redención, porque con esa entrega Él dará testimonio de que todo lo que enseñó era cierto... Su Resurrección no hará más que sellar lo que el valor de ir sereno hacia la muerte había confirmado: Así, la principal enseñanza de Jesús es que la verdadera vida no está en esta tierra, pero que debemos aprender a amar sin medida, para poder alcanzar la Vida Eterna, que es la verdadera y definitiva.

Ahora bien, analizando la relación que existe entre los textos de la Liturgia de la Palabra dominical, observamos que la Primera Lectura nos muestra al gran profeta Elías, sumido en el más profundo pesar, al extremo de pedirle a Dios que le envíe la muerte, pero a cambio recibe de manos de un ángel el pan de Dios como alimento, y también como un signo o anticipo de Jesús Sacramentado, la Compañía Divina, el consuelo perpetuo que a nosotros, como Iglesia nueva, nos fortalece y vivifica.

Elías estaba cansado, agotado, deprimido, porque se encontró con que el trabajo de presentar a Dios no era fácil ni popular en su tiempo ***¿Acaso lo será algún día...?*** Es el mismo cansancio, la misma angustia que a veces sentimos nosotros, cuando tratamos de explicar la doctrina de Dios a algunos corazones endurecidos en nuestros días, cuando pretendemos hacer que nuestros propios hermanos en el Apostolado despierten de cierto adormecimiento, y fortalecidos en la oración comiencen a dar mejor testimonio de amor y verdadera unión fraterna, de auténtico ofrecimiento personal al Padre, a fin de producir así mayores frutos, para Gloria de Dios.

En fin, tanto fue el cansancio y el desánimo de Elías, que se quedó dormido al pie de un arbusto... Hoy es sabido que uno de los síntomas de la depresión es el sueño, que nos permite evadirnos de la realidad, la inconsciencia que prefigura la muerte, y Elías se entregó al sueño en esas condiciones, como quizás algunos de nosotros lo hayamos hecho alguna vez, en medio de nuestros problemas, penas o dificultades.

Los seres humanos estamos siempre expuestos a la contradicción, y por tanto, sujetos a la posibilidad de cansarnos, a la tentación de "largar la toalla" y abandonarlo todo, al "*ya no puedo más*", "*renuncio*", "*me voy a otro lado*", "*dejo este apostolado*", etcétera; y como Elías, olvidarnos que Dios es Quien lo gobierna todo, y que Él es siempre fiel y rico en misericordia.

La reflexión sobre este pasaje del Antiguo Testamento tiene muchísima riqueza para nosotros, que solemos cansarnos o desanimarnos apenas encaramos los primeros problemas propios de la vida cristiana: los sacrificios personales a los que obliga la convivencia en comunidad, la soledad propia del evangelizador, el que nos pidan que hagamos lo que no queremos, o que dejemos de hacer lo que nos gusta, la indiferencia de los demás, los resentimientos, los malos tratos, el alejamiento de nuestros amigos que optan por el llamado del mundo, o una simple diferencia de opiniones, que eventualmente termina por alejarnos de las personas...

Seguramente no pedimos la muerte a Dios, pero si hacemos un recuento rápido, con seguridad encontraremos en la memoria varias personas (si no nosotros mismos), que se quedaron "dormidas bajo el árbol de la depresión y el abandono", cerrando los oídos a las llamadas de nuestro ángel enviado por Dios.

El Señor envía pues un ángel a Elías, que está abatido, vencido por el cansancio y la depresión, entregado a la idea del auto-abandono y la muerte, y a través de él, le brinda el alimento y la consolación.

Dios no olvida a sus criaturas, aunque ellas siempre se olvidan, no sólo de los llamados paternales, sino también de la misión encomendada, y de todos los regalos e incentivos que Él va haciéndonos y dándonos a través del tiempo. Cada uno de nosotros recibe al ángel de Dios con sus regalos, con sus ayudas, con el aliento para continuar siempre en el



camino trazado por Él... pero a veces hacemos oídos sordos a su voz, porque estamos demasiado ensimismados, demasiado enfrascados en lo que nosotros queremos.

En concordancia con esta Lectura, el Evangelio de Juan en su capítulo 6 nos muestra a Cristo, infinitamente superior al ángel que asistió a Elías, que enviado por el Padre, no solo **"trae"** el Pan del Cielo, sino que **es** Él mismo, que se hace Pan. Cristo, Hijo único del Padre, es el Pan que se regala a nosotros, y que está siempre a nuestro lado, pidiéndonos que despertemos, que nos alimentemos y que continuemos el camino: Cristo se hace Pan de Vida, para despertarnos, acompañarnos y fortalecernos en el camino terreno.

En el Evangelio Jesús nos dice: *"Nadie puede venir a mí si no lo atrae el Padre que me envió. Y yo lo resucitaré en el último día (...) es así como viene a mí toda persona que ha escuchado al Padre y ha recibido su enseñanza."*

Como vemos, es el propio Padre del Cielo el que nos mueve, el que nos llama a seguir a Cristo. No estamos aquí por nuestras propias ganas, sino que es el mismísimo Dios, Todopoderoso, el que nos habla en el secreto del corazón para que hagamos lo que debemos de hacer, pero cuántas veces no hacemos caso de esa instrucción, ya sea porque nos sentimos muy bien haciendo lo que nos gusta, lo que nosotros queremos, o porque tenemos temor de hacer cambios profundos...

La Palabra de Dios siempre nos exige conversión, y esto significa hacer revisiones intensas y exhaustivas cada cierto tiempo, que quizás nos conduzcan a realizar cambios trascendentes más de una vez en la vida. Cuando no atendemos esas sugerencias del Espíritu, entonces vienen los cambios como "impuestos", nos destantean, y tenemos nuevamente la opción: comprender y aceptar lo que el Señor quiere para nosotros o hacer berrinche, querer volver las cosas a como estaban, hacer hasta lo imposible o indebido para tratar de retornar a nuestra "zona de confort", de "realización personal"... De nuestra docilidad al Espíritu Santo, en el momento de la prueba, dependerá el bien por venir o el peor de los males.

En este sentido, en la segunda lectura (Ef 4,30-5,2) San Pablo nos dice claramente *"No le causen tristeza al Espíritu Santo, con el que Dios los ha marcado para el día de la liberación final. Destierren de ustedes la aspereza, la ira, la indignación (...) Imiten, pues, a Dios como hijos queridos. Vivan amando como Cristo, que nos amó y se entregó por nosotros, como ofrenda y víctima de fragancia agradable a Dios"*; de esta manera, el cristiano podrá trabajar en la edificación de la Iglesia, y no entristecer al Espíritu Santo, rompiendo la unidad.

En el Evangelio de hoy, Jesús nos habla de la ofrenda que Él hizo o hará de sí mismo, y la Iglesia nos enseña que cada uno de nosotros, individualmente y en comunidad, debemos unirnos a esa ofrenda agradable al Padre para glorificarle, y así edificar una sociedad más justa, un mundo en el que valga la pena vivir. Esto no puede hacerse si no estamos dispuestos a morir cada día con Cristo, crucificando nuestros egoísmos, nuestros apegos y nuestras preferencias... Entendámoslo de una vez: el peor enemigo de nuestra santificación es el "yo", que a menudo procura imponerse, siempre solícito para disfrutar y lentísimo para sacrificarse.

3.- Preguntas para orientar la reflexión: *(Leer pausadamente cada inciso, y dejar un instante de silencio después de cada pregunta, para permitir la reflexión de los hermanos)*

- a) ¿Permito que el Señor me instruya con su infinita sabiduría? ¿Estudio seriamente la Palabra de Dios, no tanto para "transmitirla", como para vivirla y dar testimonio de ella? ¿Medito en silencio después de leerla?
- b) ¿Promuevo el conocimiento y la meditación sobre las Sagradas Escrituras en mi familia, entre la gente que me rodea? ¿Me vergüenza hablar de Dios y predicar Su Palabra frente a personas a las que conozco desde antes, de otros lugares?
- c) Los judíos trataron de descalificar lo que había dicho Jesús (que había bajado del Cielo) porque conocían su pasado... ¿qué hago yo cuando veo que alguien está desprestigiando a otro por su pasado, sembrando dudas o quitando importancia a lo que hace o dice? ¿Asumo una actitud cristiana para procurar la paz y evitar el pecado, o me sumo al chisme, o lo permito fingiendo demencia?
- d) ¿Estoy verdaderamente dispuesto a conocer la Voluntad de Dios para mí? Y en caso de ser así, ¿estoy dispuesto a cumplirla? El seguimiento de Cristo, es el camino de los desapegos. ¿Estoy realmente dispuesto a seguirlo?
- e) El Evangelio de hoy nos habla de la ofrenda de Nuestro Señor Jesucristo, y me recuerda la ofrenda que yo tengo que hacer cada día de mí mismo, para el bien de mi comunidad y de la humanidad toda... ¿En qué medida podría decir que estoy cumpliendo con ese deber cristiano de ofrecerme a Dios y a los demás, no sólo para hacer lo que me gusta, sino lo que es necesario que haga?



4.- Comentarios de los hermanos: *Luego de un momento de silencio, se concede la palabra a los participantes de la Casita, para que expresen sus opiniones. Se buscará la participación de todos.*

5.- Concordancias del Evangelio con el Catecismo. Cánones: 728 y 1368

728 Jesús no revela plenamente el Espíritu Santo hasta que él mismo no ha sido glorificado por su Muerte y su Resurrección. Sin embargo, lo sugiere poco a poco, incluso en su enseñanza a la muchedumbre, cuando revela que su Carne será alimento para la vida del mundo (Cfr. Jn 6,27.51.62-63). Lo sugiere también a Nicodemo, a la Samaritana y a los que participan en la fiesta de los Tabernáculos. A sus discípulos les habla de él abiertamente a propósito de la oración (en Lucas 11,13) y del testimonio que tendrán que dar (Cfr. Mt 10,19-20).

1368 La Eucaristía es igualmente el sacrificio de la Iglesia. La Iglesia, que es el Cuerpo de Cristo, participa en la ofrenda de su Cabeza. Con Él, ella se ofrece totalmente. Se une a su intercesión ante el Padre por todos los hombres. En la Eucaristía, el sacrificio de Cristo es también el sacrificio de los miembros de su Cuerpo. La vida de los fieles, su alabanza, su sufrimiento, su oración y su trabajo se unen a los de Cristo y a su total ofrenda, y adquieren así un valor nuevo. El sacrificio de Cristo “presente sobre el altar”, da a todas las generaciones de cristianos la posibilidad de unirse a su ofrenda.

En las catacumbas, la Iglesia es con frecuencia representada como una mujer en oración, los brazos extendidos en actitud de orante. Como Cristo que extendió los brazos sobre la cruz, por Él, con Él y en Él, la Iglesia se ofrece e intercede por todos los hombres.

6.- Reflexionando con la Gran Cruzada:

CM-54 Así es como Soy Yo el Pan de Vida, Soy Pan que proporciona sustancia de Fe y sustancia de luz, y Soy el sostén de todos los que a Mí se dirigen y Me creen. No, no quedarán con hambre si vienen a Mí, serán saciados por Mí y su sed se aplacará.

CA-135 En el mundo de hoy, hay mayor necesidad de corderos para el sacrificio. Pero deben pensar que la participación en la obra de la Redención no sólo puede consistir en el sacrificio. Hay que partir desde el huerto de Getsemaní y seguir el camino que recorrí. Sin esto no hay méritos ni ofrenda de vida fecunda, puesto que cuanto más pronta es la entrega de un alma, tanto más glorifica al Padre y por eso, más almas ayuda a salvar, y será bienhechor de la humanidad entera. (...) Un alma así, coopera eficazmente a la conversión de los pecadores, al alivio de los enfermos, a la salvación de los moribundos, para que las almas lleguen a la felicidad eterna.

7.- Virtud del mes: En agosto, practicamos la virtud de la **Prudencia** (CIC: 1806-1835-1906-1805-1787-1788)

Esta Semana veremos el canon 1835, que dice lo siguiente:

1835 La prudencia dispone la razón práctica para discernir, en toda circunstancia, nuestro verdadero bien y elegir los medios justos para realizarlo.

Y La Gran Cruzada nos dice al respecto:

CS-80 Digo estas cosas para aprobar el santo desprecio que los cristianos tienen de las cosas materiales, ya que por ese desprecio ellos pueden llegar a apreciar realmente todos los dones que Yo les hago en premio de la confianza que Me tienen. Y quiero que tú, jefe de familia, infundas en el corazón y en la mente de los que te He confiado, un particular apego a Mi Providencia, de la cual siempre obtienen beneficios.

Sean prudentes sus palabras, a fin de consolidar esos santos pensamientos en torno a cada uno de ustedes, y para este propósito, Me será grato que abandonen la consideración (y las palabras) sobre las injusticias humanas que los privan de lo que les atañe. (No se quejen ni protesten por las injusticias que sufren).

El juez Soy Yo, tú eres sólo Mi criatura, que recibe lo que Yo mando y no recibe lo que Yo no quiero mandar.

8.- Propósitos Semanales:

Con el Evangelio: Debo ver siempre a los demás con el rostro de Jesús. No permitiré que se ofenda a nadie por su pasado, porque, al hacerlo, dejo que se lastime a Jesús, que seguramente ya lo habrá perdonado por sus errores.

Con la virtud del mes: Me daré unos minutos de meditación y reflexión antes de hablar de Dios en mi familia, pero mi prudencia no debe oscurecer mi fe.

9.- Comentarios finales: *Se concede nuevamente la palabra para referirse a los textos leídos (del Catecismo o de la Gran Cruzada) o a cualquier otro tema de interés para la Casita, para el ANE o para la Iglesia en general.*